LECTURAS

Agallas

La educación de un ladrón, las memorias de **Edward Bunker**

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

El verdadero valor no se mide por el éxito alcanzado, sino por el empeño que alguien pone en aquello que hace. A **Edward Bunker** (1933-2005) no le hizo falta esperar a estar muerto para conseguir que le reconocieran sus esfuerzos, pero a alguien que es capaz de escribir seis novelas a lo largo de veinte años –diecisiete de los cuales pasó en las prisiones más famosas de California (San Quintín, sobre todo, y también Folsom)– para ver cómo le rechazan cada una de ellas y aún así tiene las narices de terminar una séptima –**No hay bestia tan feroz**-, hay que reconocerle que es un tipo con agallas.

La educación de un ladrón, las memorias de Edward Bunker, era uno de los pocos libros suyos que se podía encontrar en castellano antes de que la editorial Sajalín nos tradujera su obra completa. Y en buena medida leer estas memorias es como ir paseándose por tramos de sus novelas: las escenas en los centros de menores nos llevan a **Little Boy Blue**; las de la cárcel a **La fábrica de animales**; la libertad condicional, con la recaída en la planificación y ejecución de delitos –aquello para lo que Bunker demostró tanto talento como para la escritura a lo largo de buena parte de su vida, y por lo que se le reconoció antes– nos llevan a **No hay bestia tan feroz**; la violencia de algunos pasajes a **Perro come perro**; y a **Stark**, en fin, el glamur, su gusto por los coches deportivos, las mujeres, las drogas y el lujo. Incluso su amistad con **Louise Fazenda Wallis**, esposa del todopoderoso productor **Hal B. Wallis** y proverbial benefactora del joven delincuente, conecta con pasajes de su obra de ficción, íntimamente ligada a su biografía y a la vez contundente, madura e incuestionablemente valiosa en sí misma.

Bunker fue un niño rebelde y un joven peligroso que pronto eligió en su disyuntiva vital, como nos hace saber al final de estas memorias: "Ya hacía mucho tiempo que había decidido, o reconocido, que triunfaría como escritor o sería un proscrito. Al tomar una decisión tan inequívoca, me marqué un camino de perseverancia y solo gracias a esta determinación, a esta obstinación, salí adelante. Imaginaos: una persona con la educación primaria sin terminar que deseaba ser un escritor serio y conseguirlo sin ayudas ni estímulos. De hecho, el psicólogo de la cárcel lo calificó de 'otra manifestación de fantasía infantil'. Sin embargo, cuando vi mi primera novela llevada al cine, la segunda ya publicada y la tercera casi acabada, creí haber triunfado".

La educación de un ladrón
EDWARD BUNKER
Sajalín, Barcelona, 2015
Prólogo de Kiko Amat
Traducción de Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté
586 páginas

Y sin duda, con algo de ayuda y más oportunidades que la mayoría de la gente que formaba parte de su mundo –no todos tuvieron una señora Wallis–, Edward Bunker triunfó a base de echarle agallas: "Yo solo robaba dinero, y dejé de hacerlo tan pronto vendí mi primera novela (…). Prefería arriesgarme a volver a prisión antes que aceptar un empleo en un túnel de lavado de coches o una carrera de pinche de cocina. No tengo nada contra tales trabajos pero, simplemente, no eran para mí". "Los rasgos que me hicieron pelearme con el mundo son también los que me hicieron salir adelante".

El noble arte de la divagación

Gozosas rupturas del discurso de **Chesterton** reunidas en **Alarmas y digresiones**

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Para mí, el gran **Chesterton** (1874-1936) divaga y no digrega (perdón y perdón por esta invención verbal) en este libro, y a ver si me explico. Llamamos "divagar" al "hablar o escribir sin concierto ni propósito fijo y determinado"; mientras que una "digresión" es el "efecto de romper el hilo del discurso y de hablar en él de cosas que no tengan conexión o íntimo enlace con aquello de que se está tratando". En esta muestra de artículos que el socarrón, zumbón y monarca de la ironía atemperada inglesa publicara en el "Daily News", a comienzos del pasado siglo, cuando contaba 34 años, (y que hasta ahora conocíamos en la nunca bastante alabada y llorada Colección Austral) no alcanzo a ver, por fortuna, concierto ni propósito fijo y determinado. Por lo cual, malamente se rompe el discurso, pues en este caso el discurso es la continua y divertida y amena y subyugadora divagación. ¡Ay, quién tuviera hoy esa libertad en los periódicos sin que los lectores lo apedreasen!

Concedo que el propósito de estas gozosas páginas sea, en el fondo, zaherir costumbres o modos, pero enseguida Chesterton se va por las nubes de la divagación y consigue en cada pieza un escribir y escribir sin mucho rumbo fijo pero con gran rumbo, ustedes ya me entienden. Veamos algunos inicios: "Mi próxima obra en cinco volúmenes, 'El olvido del queso en la literatura europea', es de una meticulosidad tan laboriosa e inaudita que resulta dudoso que viva el tiempo necesario para terminarla". Sigamos: "Cuando alguien dice que la democracia es falsa porque la mayoría de la gente es estúpida, el filósofo puede seguir varios caminos. El más fácil es atizarle sin más en la punta de la nariz. Pero, si se tienen escrúpulos (físicos o morales)

La Brújula. POR EUGENIO FUENTES

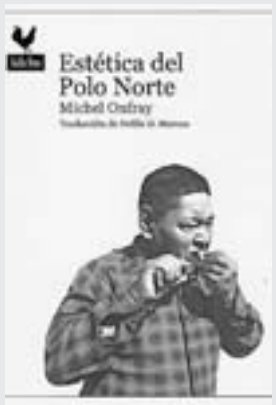
Un mundo de seres que aguardan la muerte

Podríamos empezar diciendo que la acción transcurre en Amsterdam y está protagonizada por Beeklam, un misántropo que, tras romper con un padre de quien dependía en exceso, se ha instalado en un sótano donde comparte sus días con un criado y con una colección de estatuas a las que narra la condensación de miserias en la que ha consistido su vida. Podríamos empezar así, pero le haríamos un flaco favor al lector. Porque lo que convierte este texto de apenas un centenar de páginas en una piedra preciosa es la depuradísima escritura poética de **Fleur Jaeggy**, a quien muchos conocerán por **El dedo en la boca** o **Vidas conjeturales**, también publicadas por Alpha Decay. Jaeggy es dueña del poco extendido arte de encontrar palabras que, una vez depositadas sobre la página, emprenden una sutil cabalgata en la que transporta al lector, sólo al lector avezado, a un mundo de seres cuya única esperanza es la muerte. Y, ahora sí, podemos decir que un buen día Beeklam…

Las estatuas de agua
FLEUR JAEGGY
Traducción de Ángeles Cabré
Alpha Decay
112 páginas
16,90 euros

El viaje de un filósofo al Polo Norte

El normando **Michel Onfray** (1959) ha consagrado su privilegiada e hipercrítica mente a la Filosofía. Así que cuando titula **Estética del Polo Norte** su particular relato de un viaje al territorio de los inuit o esquimales, más allá del Círculo Polar Ártico, lo hace con todas las consecuencias. No extraña, pues, que su narración se estructure en tres partes: el tiempo elemental, sobre la piedra, el frío y el espacio; el tiempo vivido, en torno a la supervivencia, la repetición y el rito; y el tiempo destruido, en el que acomete la colonización, el sedentarismo y el nihilismo. Sin embargo, cabría hacerse una idea equivocada del tono y el contenido del volumen si no se reparase en su subtítulo, **"Estelas hiperbóreas"**, que deja entrever cómo el relato de Onfray utiliza esa fina retícula de los trabajos académicos bien trabados para elevarse a regiones donde la palabra se convierte en magia y los lectores quedan prisioneros del hechizo.



Estética del Polo Norte
MICHEL ONFRAY
Traducción de Delfín Marcos
Gallo Nero
176 páginas
17,50 euros